

Ciencia e irracionalidad en la cultura de masas

Rafael Andrés Alemañ Berenguer



Revista Digital de ACTA

2013

Publicación patrocinada por



Ciencia e irracionalidad en la cultura de masas

© 2013, Rafael Andrés Alemañ Berenguer

© 2013, 

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Se autorizan los enlaces a este artículo.

ACTA no se hace responsable de las opiniones personales reflejadas en este artículo.

RACIONALIDAD Y OCULTISMO

Es muy probable que durante el siglo XX se hayan producido mayor número de avances científicos, tanto teóricos como prácticos, que en todo el resto de la Historia. Se ha aceptado el reto de la aventura espacial, hasta el punto de que el ser humano ha hollado la superficie de su satélite, la Luna. Asimismo, se ha descendido a las profundidades de las fosas abisales oceánicas, donde sólo los fantasmagóricos destellos de peces bioluminiscentes rasgan una oscuridad perpetua. La especie humana ha aprendido a sondear con potentes telescopios los límites visibles del cosmos y ha explorado las intimidades del átomo, obteniendo a cambio una energía y un peligro casi inagotables. Por todas partes los triunfos de las nuevas tecnologías brindan más y mejores comodidades a un número creciente de consumidores. La sensación de que el hombre es en verdad el rey de la Creación resulta embriagadora.

Y sin embargo, junto a ese mundo racional, seguro y bien ordenado convive otro donde lo sobrenatural es la norma y lo extraordinario se hace cotidiano. Ello es tanto más sorprendente cuanto que cruzado ya el umbral del siglo XXI nos inunda la impresión de que la civilización científico-técnica no deja resquicio al menor signo de ocultismo e irracionalidad. Pero no parece tan sencillo; por donde quiera que vayamos encontramos prensa, revistas, libros, conferencias, reuniones, debates o programas de televisión sobre toda suerte de temas esotéricos o pretendidamente sobrenaturales. La influencia de los astros en el destino, la numerología cabalística, el mal de ojo, el espiritismo, los contactos extraterrestres en la actualidad o en un lejano pasado, son una escueta recopilación de ejemplos dentro de una gama temática tan variopinta como difundida. La parafernalia del ocultismo nos rodea en flagrante contraste con los signos externos de una civilización que se precia de su opulencia en cuanto al caudal de conocimientos científicos se refiere. Cabría incluso hacer una breve cronología en el desarrollo de las creencias llamadas ocultistas o psicológicas propiamente dichas.

El ocultismo, entendido como la creencia del hombre en hechos sin explicación natural o de fuerzas sobrenaturales que actúan de algún modo en nuestro segmento de la realidad, es tan antiguo como el hombre mismo. El esfuerzo intelectual racionalista de los griegos fue el primer embate serio contra estos credos. Pero el golpe definitivo pareció ser asestado por la revolución científica de los siglos XVI y XVII, llevada a cabo por insignes figuras del calibre de Galileo y Newton. El método empírico-matemático de la ciencia (o "filosofía natural" como se llamaba entonces) constituyó a partir de aquel momento la quintaesencia del racionalismo, y la visión del universo que toda persona culta debía ostentar. Durante doscientos años el ocultismo permaneció en retroceso hasta que a mediados del siglo XIX las hermanas Kate, Margaret y Leah Fox en Hydesville (Nueva York) inauguraron la era del espiritismo moderno. La moda se extendió pronto por todos los Estados Unidos y Europa, merced a una alta sociedad ociosa y seducida por todo lo extraordinario, junto a unas capas populares crédulas y supersticiosas carentes de una mayor educación y cultura. La primera mitad del siglo XX vio disminuir un tanto la afición por estos temas debido a las dos conflagraciones mundiales y a la gran depresión económica que asoló el mundo durante el periodo de entreguerras. Pero a partir de 1947 una nueva idea hizo furor a lo largo y ancho del planeta: la Tierra estaba siendo visitada por naves extraterrestres tripuladas por alienígenas deseosos de estudiarnos, salvarnos o perjudicarnos, según fuese la opinión de cada autor. Había nacido una nueva parcela de lo desconocido: el estudio de los OVNI's o Ufología (del inglés UFO, Unidentified Flying Object, Objeto Volador No Identificado).

LA COMERCIALIDAD DEL MISTERIO

La verdadera eclosión del interés por los temas ocultos como fenómeno global, ocurrió en la segunda mitad del siglo XX. Concretamente, en 1960, los franceses Louis Pauwels y Jacques Bergier (fig. 1) publicaron en París el libro titulado *El Retorno de los Brujos* (editado en España por Plaza & Janes bajo el mismo título). Se trataba de un excitante cóctel en el que se mezclaban casi todos los aspectos de lo paranormal. Concebido a modo de mosaico literario que pretendía transmitir una determinada imagen de conjunto, los autores escribían en la presentación: «Pasen por alto capítulos si así lo desean; empiecen por donde les apetezca y léanlo en cualquier dirección, este libro es una herramienta de usos múltiples, como los cuchillos que usan los excursionistas...».



Figura 1. Louis Pauwels (izq.) y Jacques Bergier.

En poco tiempo, y ante la sorpresa general, el libro se convirtió en un éxito comercial indiscutible, lo cual atrajo sobre los autores la crítica de quienes sólo veían en la obra una amalgama de especulaciones fantasiosas acerca de magia, alquimia, astrología, telepatía, platillos volantes y un centenar más de temas. Y no era para menos, puesto que los autores reconocían que su tesis central era que el mundo es un lugar más extraño y sorprendente de lo que la ciencia admitiría reconocer.

El mensaje, por lo visto, tuvo gran aceptación entre los jóvenes franceses (los mismos que más tarde sacudirían al mundo en 1968 con su Mayo revolucionario) menos interesados en los ataques del libro a la estrechez de miras de la ciencia, que en las mágicas maravillas que el mismo les descubría. Pronto otros autores se alistaron al negocio de lo oculto. Libros sobre reencarnaciones, parapsicología y visitantes extraterrestres se editaban incesantemente, sin que su atracción sobre el público pareciese declinar. Esta ola no tardó en extenderse a todos los países, y en 1968 hizo su entrada en escena un volumen alemán, *Recuerdos del Futuro*, que sería el primero de la serie escrita por Erich Von Däniken (fig. 2).



Figura 2. Erich Von Daniken.

A lo largo de todos sus libros, este excéntrico autor mantiene y desarrolla su idea de que la Tierra fue visitada hace miles de años por extraterrestres que dejaron huellas de su presencia en numerosas culturas antiguas. La popularización de esta hipótesis resultó decisivamente apoyada por la película cinematográfica "2001, Una Odisea del Espacio", que en su argumento sugería una idea parecida. Ni que decir tiene que la película, al margen de su innegable calidad, se convirtió en objeto de culto para los adeptos a estas creencias. El auge de lo oculto se había consolidado y se mantiene hasta nuestros días, cuando es más difícil hallar alguien que desconozca su signo zodiacal que, por ejemplo, su grupo sanguíneo.

Desde luego, no ha sido ajena a este fenómeno la configuración en la segunda mitad del siglo XX de una sociedad globalizada, cuya columna vertebral la constituyen los medios de comunicación de masas. La combinación de la radio, la televisión, las redes telemáticas y la comunicación vía satélite con la técnicas de mercado nacidas en las mentes de publicistas y comunicólogos, dio paso a lo que se vino a llamar "la aldea global". Las noticias, los anuncios publicitarios, los mensajes de todo tipo son capaces de transmitirse alrededor del mundo a una velocidad y a un número de personas inimaginables para nuestros abuelos.

Esta aceleración desbordante del intercambio de información entre la gran mayoría de grupos humanos en este planeta, conduce irremediabilmente a la uniformización de gustos y comportamientos personales. Los temas esotéricos no son una excepción a este fenómeno social. El ocultismo, convenientemente vulgarizado y envasado en formato universal, se ha convertido en un artículo de consumo más, tal como los pantalones vaqueros o las patatas de bolsa. Bastaría dar un pequeño recorrido por la sección de librería de unos grandes almacenes para encontrar en ella toda clase de temas mágico-ocultistas preparados y presentados a gusto del consumidor. La adivinación del porvenir, las desapariciones misteriosas, la comunicación entre mentes, la quiromancia y muchos otros asuntos de este calibre aparecen reunidos en un guiso las más de las veces incomible salvo para los aficionados de estómagos bien curtidos en estas lides. Tanto es así que se diría que existen dos mentalidades culturalmente contrapuestas con gran claridad: la racionalista y la ocultista.

Un exponente notablemente curioso de esta duplicidad lo tenemos en dos congresos realizados en España por personas de rasgos intelectuales diametralmente opuestos. Estos dos foros ejemplifican admirablemente la coexistencia de mentalidades completamente enfrentadas, pero a la vez pujantes en el mundo durante las postrimerías del siglo XX. El primero de estos congresos fue el celebrado en Mazagón (Huelva), a principios de octubre de 1991, por científicos de numerosos países bajo el lema "Primer Taller Internacional del Tiempo". Cuarenta de los más ilustres cosmólogos de la actualidad –entre ellos Stephen Hawking, John Wheeler, Murray Gell-Man y muchos otros– debatieron cuestiones tan trascendentes como el origen y final del universo, la estructura del cosmos y la asimetría del tiempo.

En el polo opuesto aparece el Foro de las Ciencias Ocultas que tuvo lugar en Madrid a principios de 1992. En él se discutió sobre las influencias positivas o negativas que pueden atraer las velas encendidas según su orientación y los aceites mágicos con que éstas se impregnaran; se habló de santerías, indicándose el santo al que se debía rogar dependiendo del tipo de gracia a conseguir, etc. También se dijo que las cartas astrológicas determinaban el 33% de la personalidad del individuo (sin que se especificase el método en virtud del cual se obtuvo tan singular cuantificación), y se asistió a una muestra de ritos mágicos africanos y brasileños.

UNA FRONTERA SUTIL

Ahora bien, a pesar de las apariencias, en tiempos pretéritos la división entre el pensamiento científico y el esotérico no fue tan profunda como lo es ahora. Algunos personajes de antaño exhibieron una curiosa capacidad de compaginar ambos estilos intelectuales; capacidad que, o bien quedó plasmada en sus obras, o bien en otras ocasiones fue abiertamente conocida por sus contemporáneos y comentada por sus biógrafos. Esta extraña simbiosis intelectual se veía favorecida coyunturalmente por el descubrimiento de fuerzas en la naturaleza cuyos mecanismos y propiedades no se comprendían del todo. Ante el desconocimiento inicial suele ser frecuente atribuir al descubrimiento toda clase de poderes y utilidades, aunque en realidad el tiempo acabe desmintiendo la inmensa mayoría de tales creencias.

Esto fue más o menos lo que ocurrió con el alemán Franz Anton Mesmer (1734 – 1815), quien a mediados del siglo XVIII se graduó en medicina y presentó una tesis según la cual los planetas y otros cuerpos celestes ejercen influencias sobre los seres humanos y su sistema nervioso mediante la atracción gravitatoria establecida por Newton. Más tarde se dedicó al estudio de la electricidad y el magnetismo, de características no conocidas por completo en aquel entonces, en su vertiente terapéutica. La teoría en la que Mesmer (fig. 3) basó sus aplicaciones de imanes y conductores era bastante original y sugería la existencia de un fluido invisible que circulaba por todo el universo, al que llamó indistintamente "fluido etéreo", "fluido psíquico" o "magnetismo animal", y al que Mesmer identificaba como una forma de electricidad. El ser humano –en su opinión– era análogo a un imán provisto de polos opuestos en ambos extremos de su cuerpo. Por ese motivo las enfermedades se deberían a un desequilibrio del magnetismo animal, o a alguna obstrucción de su libre circulación. Así Mesmer pretendía curar las enfermedades aplicando convenientemente fuerzas magnéticas para favorecer el movimiento de ese presunto fluido corporal, recuperando de ese modo el equilibrio perdido entre los polos.



Figura 3. Franz Mesmer.

Mesmer era sincero en la creencia de que su método resultaba verdaderamente eficaz en la curación de enfermedades, y por eso fue el primer sorprendido cuando fracasó al intentar efectuar sanaciones colectivas en las plazas de París. Posteriormente un comité médico dictaminó que las curaciones mesmerianas eran imputables tan solo a la sugestión, ante lo que Mesmer decidió retirarse a una villa cerca de Constanza, en el sudoeste de Alemania, donde vivió apaciblemente el resto de sus días. Hoy sabemos que la "mesmerización" (miraba fijamente a los ojos de sus pacientes, les imponía las manos y les sumía en un estado de somnolencia) no es más que sugestión hipnótica, por lo cual Mesmer, si no el descubridor de un nuevo método de curación, sí puede considerarse como el padre de la moderna hipnosis.

En realidad, Mesmer no fue el primer facultativo en ensayar la magnetoterapia como una forma de curación, pues el médico suizo Paracelso (1493 – 1541) utilizó el mismo sistema en varios tipos de dolencias, como en la epilepsia, creyendo que se podía sanar al enfermo deteniendo el fluido magnético que subía hacia la cabeza. Para ello colocaba uno de los polos de un imán sobre la cabeza y el otro sobre el estómago del doliente, al parecer con éxito. Su verdadero nombre era Teofrasto Bombastro Van Hohenheim, y estudió medicina en Basilea así como en universidades italianas y alemanas. Desengañado por los conocimientos médicos de su época «con los que se podía –se lamentaba– matar, martirizar y maltratar a los enfermos, cuyas dolencias eran consideradas casi siempre incurables», decidió investigar por cuenta propia experimentando con viejas recetas populares. Pronto desarrolló su teoría de las "signaturas", conforme a la cual los poderes curativos de las plantas estaban basados en ciertas semejanzas entre ésta y el mal que se trataba de sanar (una variante de esta idea florecería siglos después bajo el nombre de homeopatía). Asimismo, dio un gran impulso a la introducción en la farmacología de sustancias vegetales a fin de curar a un cuerpo humano que este estudioso contemplaba como un conjunto equilibrado de reacciones químicas. Paracelso fue, pues, quien puso las bases de la moderna yatroquímica, o tratamiento de las enfermedades mediante sustancias químicas.

Junto a estos destellos de genialidad, Paracelso acumuló otras actuaciones no tan brillantes, a las que debió su caída en desgracia. Buscando una curación integral cuerpo-alma consideró que la teología era una parte fundamental de la medicina; admitió la efectividad de los talismanes "magnéticos", la influencia de las vibraciones astrales sobre la salud de los enfermos y otras muchas lindezas más. Declaró también haber visto gnomos, silfos y ondinas, e incluso afirmaba haber fabricado el bálsamo curativo universal, el elixir de la eterna juventud y el homúnculo. Bebía y comía en exceso, y aun siendo el profesor más joven de la universidad de Basilea, su egoísmo y soberbia (eligió el nombre de Paracelso para dar a entender que era más grande que Celso, el famoso médico romano) le enemistó con la mayoría de sus colegas, obligándole a emigrar y manteniéndole errante muchos años por Europa. Finalmente, fijó su residencia en Salzburgo donde murió al despeñarse por una colina como consecuencia de una de sus frecuentes borracheras.

Podríamos multiplicar los ejemplos de personajes epistemológicamente ambivalentes desde la óptica del siglo XX, pero acabemos, sin embargo con el más grande de los personajes clásicos interesados en los conocimientos esotéricos y el menos sospechado por la imaginación popular. Este hombre fue ni más ni menos que el inigualable sir Isaac Newton (1643 – 1727). Sus contribuciones a la ciencia son tan conocidas que no vale la pena repetirlas, pero no resulta tan conocida su inclinación por los temas alquímicos, las sabidurías herméticas y los simbolismos antiguos. Poseía una gigantesca biblioteca alquímica y llevó a cabo experimentos en los que se mezclaban recetas puramente alquimistas con preludios de la moderna química.

Desde que recientes estudios de historiadores de la ciencia pusieron al descubierto esta faceta inimaginable del científico inglés, se han prodigado posturas radicalmente encontradas. Por un lado, quienes desean considerar a Newton como a un alquimista más, convencido de los saberes tradicionales, y por otro los que exculpan al gran sabio declarando que su interés estaba exclusivamente centrado en lo que hoy entenderíamos como química. Del análisis detenido de los escritos alquímicos newtonianos y de la consideración del momento histórico en el que los elaboró, se desprende una imagen intermedia entre ambos extremos. Los estudios alquímicos de Newton son una pieza más del complejo rompecabezas que constituía su filosofía sobre el conocimiento de la naturaleza; algo así como un vínculo entre el hermetismo renacentista y la mecánica y química racionales del siglo XVIII. En este tema Newton demostró ser tan metódico como en todos: sentaba principios de interpretación coherentes, ordenaba los textos alquímicos y terminaba construyendo enunciados contrastables mediante los experimentos pertinentes.

La revolución científica del siglo XVII no supuso un cambio tan brusco del pensamiento como el nombre parece sugerir. Así, la nueva forma de razonar no eliminó de la noche a la mañana el substrato de pensamiento mítico-mágico que la había precedido. La infraestructura del pensamiento mágico seguía estando allí, con lo que no es extraño que el genio británico, a la par que valoraba la matematización de la naturaleza y la experimentación, siguiese apoyándose en opciones filosóficas que a nosotros se nos antojan obsoletas. En Newton lo nuevo y lo viejo se mezclan de un modo complejo, razón por la cual es de importancia crítica no perder de vista el trasfondo histórico.

La aportación principal de Newton, tanto en las ciencias físicas como en su aproximación a la alquimia, se debió a la clara conciencia de la distinción entre los enunciados puramente especulativos y los bien conformados por la observación o la experimentación. La antigua alquimia requería una combinación constante de especulaciones metafísicas y métodos prácticos, por lo que los alquimistas recurrían permanentemente a un simbolismo oscuro, repleto de analogías y claves de difícil interpretación, que hacían imposible un control público y colectivo de sus obras. Es ahí donde Newton cambió las reglas del juego con su exigencia de precisión, coherencia y verificación cuantitativa. A partir de él, el discurso de la filosofía natural debería ser público, contrastable, inteligible para cualquiera y enriquecido por el trabajo colectivo de todos los interesados.

Los principios activos de los alquimistas, de existir, serían entonces los diversos tipos de fuerzas que el Creador –a juicio de Newton– habría introducido en la estructura del universo, toda vez que la idea newtoniana de Dios era la base filosófica última de su epistemología general. Partimos, por tanto, de un Newton padre de la ciencia, lo vemos convertido en un revulsivo intelectual de la alquimia y acabamos en un Newton portador de una particular visión teológica del cosmos; así suele ser la polifacética riqueza espiritual y humana de los genios.

CUANDO EL DESVARÍO SE DISFRAZA DE CIENCIA

El prestigio del método científico es tan arrollador que incluso las supercherías menos verosímiles aspiran a envolverse en el manto de la respetabilidad científica; así es como nace las pseudociencias. Algunas de ellas son tan pintorescas como la "astrosonía" o la "radiónica". Conforme a la primera resultaría que todo cuerpo del universo, desde un ínfimo microbio hasta el mayor de los astros, poseería su propio sonido, el cual constituiría su marca de identidad y de destino futuro. Es obvio que los aficionados a la astrosonía no cuentan con la más ligera idea de la naturaleza física de los sonidos y las vibraciones. Y parece difícil hacerles comprender que el sonido es un efecto producido en el oído humano por la propagación de una onda de presión en un medio elástico como es el aire. Por tanto, donde no existe el aire, cual ocurre en el espacio exterior, no puede haber vibración ni sonido (además, es erróneo asociar toda vibración con un sonido) y la astrosonía cae por su base.

Otro tanto sucede con la técnica de sanación radiónica (o "psicotrónica"). Sus fundamentos descansan sobre la aceptación de que el hombre se compone, junto con su envoltura material, de un cuerpo etéreo sometido a la influencia de sutilísimos campos energéticos no identificados. La radiónica es, básicamente, una forma de radiestesia que se vale de cierto instrumental más o menos vistoso capaz de confundir a cuantos pacientes se sienten impresionados por todo artefacto provisto de cables, indicadores y clavijas. La curación radiónica, en suma, no es sino una variante sofisticada de la magia de siempre, adaptada para satisfacer el residuo oscurantista que perdura en la mentalidad tecnológica del siglo XX.

La radiónica, como muchas de sus hermanas pseudocientíficas, se sirve con frecuencia de la apelación a hipótesis excéntricas y conjeturas inusuales carentes de toda contrastación fiable, como si se tratase de resultados seguros y bien establecidos. En este caso, los teóricos radiónicos entre otros han recurrido a la noción de "campos morfogenéticos" (o campos M) del biólogo Rupert Sheldrake (fig. 6). En opinión de Sheldrake, los campos M son entidades físicas aún no detectadas que vinculan todo objeto del universo, desde las partículas elementales a las mentes humanas, con especímenes similares. Estos campos morfogenéticos actuarían instantáneamente, sin transmitir energía alguna, en un nivel subcuántico fuera del espacio y del tiempo. Las pseudociencias se sienten así autorizadas para acudir a los campos de Sheldrake con el fin de sustentar las especulaciones sobre la unidad entre todo lo existente, sostenidas desde la antigüedad por magos, místicos y no pocos filósofos.



Figura 6. Rupert Sheldrake.

No obstante, los campos M son entes dinámicos; se crea uno cada vez que aparece algo anteriormente inexistente en nuestro universo (por ejemplo, en la era de los dinosaurios no había campo morfogenético del ser humano), pero ya creado el campo M favorecería la aparición de nuevos especímenes. Sheldrake afirma que un químico puede cristalizar una sustancia con mayor facilidad si ya ha sido cristalizada anteriormente puesto que en ese caso, y no en el otro, el campo M generado durante la primera cristalización estimula el proceso en ocasiones posteriores. De la misma manera, si enseñamos a un chimpancé a ejecutar un movimiento con gracia y habilidad, otros congéneres suyos a miles de kilómetros de distancia podrán aprender lo mismo con mayor prontitud, merced al patrón de conducta impreso por el primero de ellos en el campo M común a todos los chimpancés. Este curioso efecto es denominado por Sheldrake "resonancia mórfica".

Esta teoría, como se apuntaba al comienzo, está completamente desprovista de cualquier corroboración fiable, y su reputación entre los expertos no es la mejor. Los campos morfogenéticos adolecen de todos los defectos de una mala hipótesis científica: introducción gratuita de entidades inobservables, explicación artificiosa de hechos anómalos que no son tales y utilización de términos técnicos en un contexto intelectual enteramente distinto al que les dio origen. Este último punto en especial es el que se relaciona con el uso y abuso de la palabra "campo" por los paracientíficos para referirse a extrañas energías capaces de obrar los prodigios que sus disciplinas necesitan en cada momento.

El concepto de campo entró en la ciencia de la mano del británico Michael Faraday (1791 – 1867) a consecuencia de sus estudios sobre el magnetismo de los imanes, a mediados del siglo XIX, para extenderse con rapidez a otros ámbitos de la física en atención a su utilidad y eficacia. Desde entonces hasta ahora, el campo siempre ha expresado una región del espacio en donde cada punto de la misma posee una propiedad física medible y distinta según el caso considerado. De-

signar con la palabra "campo" a entelequias desconocidas de dudosa veracidad, como los campos M de Sheldrake, induce a la confusión al transmitir, por la familiaridad del término, una sensación impropriamente convincente de lo que más bien parece un artificio innecesario. De un modo u otro, su afán en el empleo de conjeturas tambaleantes como la de Sheldrake, reflejan la avidez de las pseudociencias por revestirse de cualquier clase de tecnicismos con el ánimo de aparentar una respetabilidad a la que por sí solas no podrían legítimamente aspirar.

La hipótesis de los campos M y la actitud de su autor hacia ella resultan mucho más discretas que las mantenidas en otras circunstancias por otros tantos progenitores de teorías escasamente fundadas. Claro ejemplo de esto es lo acaecido en la segunda mitad de su vida al psicoanalista germano Wilhelm Reich (1897 – 1957). El doctor Reich (fig. 7) gozó de un considerable prestigio a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 por sus esfuerzos dirigidos a combinar psicoanálisis y marxismo en una comprensión individual y social del hombre. Desafortunadamente, en un momento de su vida llegó a creer que cierta energía vital, llamada por él "orgón", era la que aseguraba el funcionamiento saludable de la mente y el cuerpo humanos.

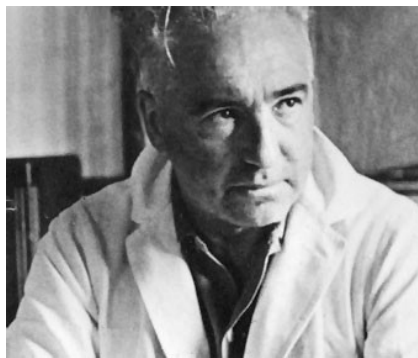


Figura 7. Wilhelm Reich.

Reich llevó su idea cada vez más lejos afirmando que el orgón, aunque invisible, era de color azul, provenía del Sol y se encontraba en el aire, en el agua así como en toda la materia orgánica. Por si fuera poco, el planeta Tierra se encontraba en el centro de una guerra intergaláctica, a juicio de Reich, en la que la energía orgónica era el botín a conquistar. Reinterpretó la religión en términos de su teoría asociando a Cristo con las fuerzas cósmicas orgónicas, y diseñó aparatos ("acumuladores orgónicos") aptos para curar casi todas las enfermedades a través del orgón. Las críticas de la ciencia ortodoxa sólo incrementaron su fanatismo hasta el punto de que desoyó la orden de las autoridades de los EE.UU. –país en el que se había afincado– que le prohibía vender sus acumuladores orgónicos mediante el correo federal. La desobediencia se saldó con su ingreso en prisión donde murió tras permanecer menos de un año.

A diferencia de Reich, el también psicoanalista ruso (fig. 8) Immanuel Velikovsky (1895 – 1979) no alcanzó renombre especial dentro de su profesión y hubo de esperar para alcanzar la fama a la publicación de sus provocativos libros *Mundos en Colisión*, *Tierra en Desorden* y *Eras en el Caos*. En ellos se desarrolla la suposición de que hacia el 1500 a.C. un gigantesco cuerpo astronómico se desligó de su órbita en torno a Júpiter, pasó muy cerca de la Tierra causando grandes cataclismos (inversión de los polos magnéticos, deceleración o detención de la rotación de la órbita terrestre, terremotos y maremotos, lluvias incandescentes) y, finalmente se estabilizó en la órbita que hoy conocemos como la del planeta Venus.

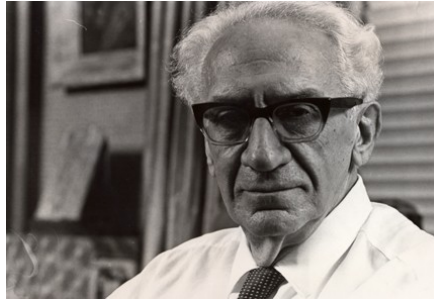


Figura 8. Immanuel Velikovsky.

La publicación de estos tres volúmenes produjo un terrible escándalo debido a la enérgica reacción de los airados círculos académicos, que juzgaban estas obras un grave atentado contra la verdad. La incompetencia de Velikovsky en el manejo de conceptos físicos así como las cumplidas refutaciones de sus detractores científicos no lograron disuadirle de sus creencias. Más bien al contrario, las furibundas críticas a las que fue sometido por parte de hombres de ciencia y escritores de temas afines –Sagan, Gould, Asimov, Gardner– le granjearon la simpatía de cierto sector del público al permitirle desempeñar el papel de víctima de las jerarquías científicas institucionales. Haciendo caso omiso de todo argumento racional, las elucubraciones de Velikovsky fueron tornándose más y más alocadas.

Tampoco faltaban quienes las daban por válidas atendiendo a que algunas de sus predicciones, basadas en estudios ajenos y sin conexión directa con el núcleo de su teoría, aparentaban asemejarse vagamente a recientes descubrimientos astronómicos. La popularidad de las ideas de Velikovsky decreció velozmente tras la muerte de su creador, pero la táctica empleada por él y sus discípulos continúa plenamente vigente en todas las pseudociencias: reclamar como mérito propio cualquier descubrimiento científico que resulte aun remotamente parecido a algunos rasgos de sus teorías, no importa cuán forzada sea la similitud.

LA FASCINACIÓN POR LO DESCONOCIDO

Paralelamente, otras motivaciones sociales emergen en el presente para reforzar la moda del ocultismo. La más conocida de ellas es la tan discutida "crisis de valores". Esta crisis se compone a su vez de varias mutaciones simultáneas de los esquemas conceptuales básicos del hombre moderno: crisis social, política, religiosa, económica, ideológica, etc. Una revulsión de esta naturaleza afecta a los códigos elementales de una civilización, socavando así el marco cultural en el que los miembros de dicha sociedad se reconocen a sí mismos. Las teorías filosóficas, políticas y éticas en crisis sirvieron en su momento para dar una visión determinada del universo, gracias a la cual el hombre podía situarse como parte de una realidad definida; el cuestionamiento de estas ideas produce inevitablemente la crisis de la civilización que sustentaban. Esto no significa necesariamente el derrumbe de una cultura, sino un periodo de transición en el que los viejos códigos de valores han perdido su vigencia sin que hayan llegado a ser reemplazados todavía por otros nuevos.

Esta crisis se manifiesta en diversos órdenes. Uno de ellos es la revisión de la idea de progreso imperante hasta el momento actual. Las repercusiones negativas del desarrollo tecnológico –agotamiento de los recursos naturales, contaminación ambiental, riesgo de holocausto nuclear– ponen en tela de juicio el optimismo decimonónico y la confianza en unos avances técnicos que, para multitud de individuos, no está nada claro a dónde nos conducen. Otro de los aspectos de la crisis nace de su dimensión económica y se centra en el agotamiento del modelo denominado

"sociedad de consumo". Las nuevas generaciones, educadas desde la infancia en el culto al consumismo incesante, chocaron con la contradicción de que en la práctica los problemas reales les impedían materializar las aspiraciones que su misma sociedad les había inculcado. Los síntomas de esta descomposición no se hacen esperar: conformismo, insolidaridad, competitividad salvaje e individualismo a ultranza.

Desde sus inicios este ambiente fue caldo de cultivo idóneo a toda especie de cultos orientalistas, hindúes y similares, a causa de la insistencia de estos idearios en una vía personal e individualizada hacia la salvación. Es la ola del crecimiento interior, de la autorrealización, del descubrimiento interno; etiquetas todas ellas muy oportunas para el momento histórico descrito. Para que nada faltase en esta orgía cultural de fin de siglo, en la década de los 80 salió a la palestra un difuso movimiento ideológico, místico, renovador, pacifista y ecologista que cristalizó en el mosaico de actitudes vitales y modos de pensar que recibió el apelativo de *Nueva Era*.

El fracaso de los proyectos de transformación radical de la sociedad (Mayo del 68, movimiento hippie) contribuyó a crear un sentimiento generalizado de frustración y desconfianza hacia los intentos de cambio total de las estructuras sociales. Esto resulta fundamental para entender el repliegue hacia el yo que se produce frente a la desilusión por las utopías colectivas. No es ajeno a estas circunstancias el renacimiento de los sentimientos religiosos y mesiánicos, como salida alternativa a la pérdida de horizontes vitales y justificación de las desdichas terrenas. Asimismo, una gran masa de individuos, hastiados por la decrepitud de las ideas religiosas tradicionales y la cerrilidad creciente de las jerarquías eclesiásticas, abonaron el terreno a multitud de sectas místicas y credos lunáticos, congregaciones dirigidas por exóticos "gurús" y, muy especialmente, colectivos mesiánicos capitaneados por presuntos mensajeros de los extraterrestres.

Buen exponente de esto último lo encontramos en la Sociedad *Aetherius*, cuya ideología es una extraña amalgama entre el culto a los extraterrestres, salvadores de una humanidad descarriada, y los ritos y creencias de la Iglesia Católica. Esta sociedad fue fundada en 1955 en Gran Bretaña por un tal George King, quien dijo haber escuchado las voces de los Maestros Cósmicos instándole a convertirse en el portavoz del Parlamento Interplanetario. En poco tiempo la Sociedad *Aetherius* acrecentó el número de sus afiliados hasta el punto de inscribirse en el registro de organizaciones religiosas de los Estados Unidos en 1960.

De una forma parecida, pero con tintes bastante más catastrofistas, despliega sus actividades la organización del italiano Eugenio Siragusa (1919 – 2006). Este curioso personaje (fig. 9), a decir de su propio relato, tuvo una revelación mística mientras esperaba el autobús en una parada de la Plaza de los Mártires, en la siciliana localidad de Catania. Esta revelación se le produjo tras ser bañado por el haz luminoso de un ovni el mismo día que Siragusa cumplió los 33 años, lo cual ayudó a extraer del suceso toda clase de resonancias religiosas y trascendentes. En 1962 este iluminado italiano creó el Centro de Estudios Fraternidad Cósmica, que su mismo fundador disolverá en 1978 (por esas fechas contaba con 50.000 seguidores en todo el mundo) al estimar que su misión se había completado. Particularmente, Siragusa afirmaba ser la reencarnación de un notable atlante, de Hermes Trimegisto, San Juan Evangelista, Giordano Bruno, Cagliostro y Rasputín.



Figura 9. Eugenio Siragusa.

Desdichadamente, este embajador de los extraterrestres se vio envuelto en una serie de escándalos personales y judiciales que debilitaron su salud y le obligaron a delegar su labor divulgadora en dos hermanos, Giorgio y Filippo Bongiovani. Estos hermanos, tras sufrir éxtasis visionarios en los que proclamaban comunicarse con Jesucristo y la Virgen María y manifestar las correspondientes estigmatizaciones, se dedicaron a difundir por todo el mundo su mensaje apocalíptico. Según ellos decían, a finales de 1991 o principios de 1992, un enorme meteorito rozaría la Tierra provocando la ignición de la atmósfera, el corrimiento del eje magnético y multitud de cataclismos sin cuento. Es evidente que tal hecho no acaeció y es fácil suponer el desasosiego de todos los que destinaron gran cantidad de dinero y esfuerzos en preparar las "Arcas", es decir, los lugares donde los creyentes habrían de refugiarse durante el tiempo del Fin a la espera del salvamento extraterrestre. Tal vez Siragusa y los Bongiovani tuvieron un error de cálculo; error por otra parte disculpable al tratarse de una característica permanente en todos los profetas apocalípticos que en el mundo ha habido.

Todos estos movimientos mundiales de presuntos embajadores de extraterrestres, rezuman lo que podría denominarse "fiebre milenarista". Todo el mundo conoce la fascinación que sobre la psicología humana ejercen ciertas fechas supuestamente capitales. Tenemos tendencia a olvidar que nuestro sistema de datación no es único. El calendario musulmán o el shintoísta, son tan respetables como el gregoriano, que a su vez vino a sustituir al juliano, y con cualquiera de ellos las fechas son obviamente otras. Yendo todavía más lejos, la comodidad de cálculo y la tradición son los únicos motivos de uso de la base decimal en nuestro sistema de numeración y el cambio de la misma también trastocaría todas las dataciones.

Sin tener en cuenta esto, empero, el año 2000 resulta indiscutiblemente más atractivo que el 1374, por ejemplo, para encerrar alguna clase de simbolismo profundo y arcano. El segundo milenio transmite igualmente la idea de que se han cumplido dos ciclos completos, si admitimos implícitamente que el número mil y sus múltiplos poseen algún tipo de significación inherente. Y no es la primera vez que esto ocurre. En las postrimerías del siglo X de nuestra era, una oleada de fervor religioso recorrió todo el orbe conocido. En aquella época hablar de la Cristiandad era tanto como hablar del mundo entero. Por eso no es extraño que cuando Papas, obispos y demás cabezas de la Iglesia anunciaron tras abstrusas interpretaciones bíblicas su conclusión de que el año 1000 sería el del fin del mundo, un escalofrío de horror sacudiese todos los pueblos y naciones. Se suponía que, agotado el primer milenio a partir del nacimiento de Cristo, tendría lugar la Segunda Venida, en la que sólo los justos serían salvados del fuego eterno. En todas partes se multiplicaron los arrepentimientos y conversiones masivas. Se abandonaron los campos y labores en muchos lugares, y las gentes piadosas dedicaron las que creían sus últimas horas a toda clase de penitencias, ayunos y mortificaciones con la esperanza de contarse entre los elegidos en la hora postrera.

El año 1000 pasó y el mundo continuó girando, pero la creencia humana en la futura llegada de un fin definitivo para el que hay que prepararse rebrota de tanto en tanto. Por esta razón el perfil psicológico de las personas que esperaban el Juicio Final al término del siglo X, no era muy distinto del de los modernos seguidores de Siragusa o de la peruana Misión Rama (después rebautizada Misión Humanidad), que mantenía la inminencia de un desastre planetario al que sólo podrían escapar exclusivamente sus miembros mediante naves extraterrestres –faltaría más– provenientes de Ganímedes, uno de los satélites de Júpiter.

La relación con un poder superior que vela por un grupo restringido de personas protegiéndolas de las catástrofes naturales por el simple hecho de ser las elegidas, es una mitología presente en todas las culturas y en todas las edades. La historia de Noé y su arca, un episodio incorporado al Antiguo Testamento, presenta un trasfondo antropológico idéntico al de quienes esperan la salvación en brazos de los "hermanos cósmicos" en medio del anunciado apocalipsis. En verdad resulta agradable sentirse parte del grupo escogido, ya sea por el impersonal destino, por un dios justiciero, o por unos benevolentes alienígenas. Para marchar por el mundo huérfano de esta clase de protección, se precisa una dosis de coraje considerablemente mayor que si nos sabemos agradecidos por ella. Es por lo tanto muy comprensible que sea relativamente sencillo despertar en gran cantidad de gente esta clase de sentimientos.

A quien no tiene nada, por lo menos le queda la fe, y la creencia en un mundo venidero cuyos gozos han de compensar los sufrimientos del actual, constituye un asidero espiritual imprescindible para muchos al que aferrarse en momentos de crisis, cuando una realidad externa inhóspita amenaza lo más íntimo de nuestro ser. La expectativa de un paraíso que ha de llegar, es un anhelo que se renueva a lo largo de la historia humana, aunque ahora, en consonancia con los tiempos que corren, tengamos que entrar en él de la mano de un E.T.

BIBLIOGRAFÍA

- Barnes B., *Sobre ciencia*. Ed. Labor, 1987
- Bunge M., *Mente y sociedad*. Ed. Alianza, 1992
- Freud S., *Psicología de las masas*. Ed. Alianza, 1985
- Gardner M., *Orden y sorpresa*. Ed. Alianza, 1983
- Gardner M., *La ciencia. Lo bueno, lo falso y lo malo*. Ed. Alianza, 1981
- Gardner M., *La nueva era*. Ed. Alianza, 1988
- Morris D., *El hombre al desnudo*. Ed. Orbis, 1986
- Pérez-Gómez R., *La invasión del ocultismo*. Ed. Drac, 1990
- Ruffat A., *La superstición a través de los tiempos*. Ed. Mateu, 1962
- Russell B., *Religión y ciencia*. Ed. Fondo de Cultura Económica (Méjico), 1973
- Schmitt Jean-Claude, *Historia de la superstición*. Ed. Crítica, 1992
- Stent G.S., *Las paradojas del progreso*. Ed. Salvat, 1986